

# HISPANIA

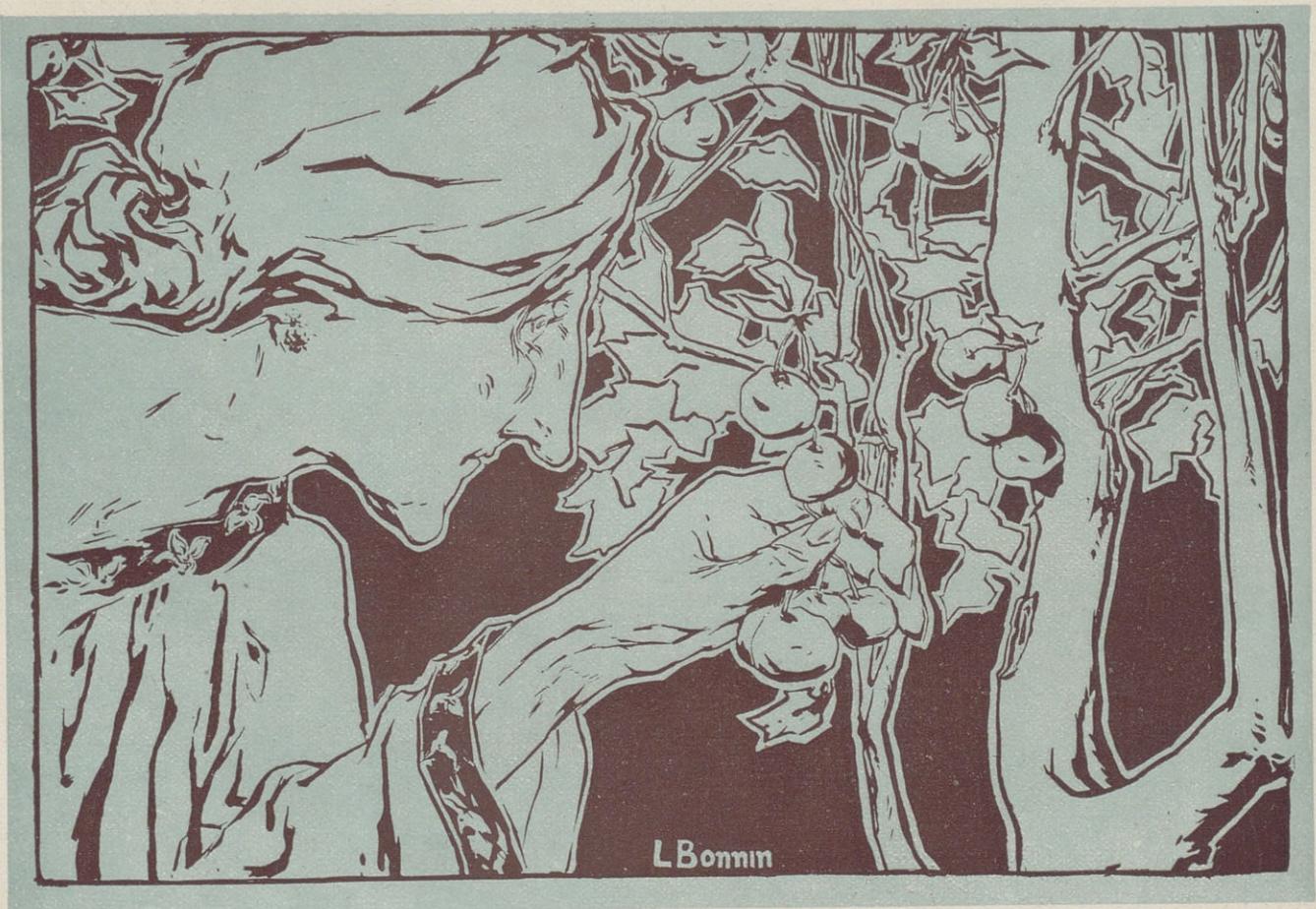


SUMARIO

COQUETERIA . . . . .	Portada por Ramón Casas
ESTUDIO. . . . .	por L. Bonnin
BOSQUEJOS BARCELONESES . . . . .	por J. Mir
MIGUEL M. MEDALLA . . . . .	por R. Casellas; ilustración de A. Mas y Fondevila
ARTE ANTIGUO. . . . .	por Francisco Miquel y Badía
COTILLON . . . . .	por D. U. Vierge
EL GUADARRAMA . . . . .	por Rodrigo Soriano; ilustración de J. Morera y Galicia
PAGANDO UNOS PENSAMIENTOS . . . . .	por E. Menéndez Pelayo
AL SALIR DE LA IGLESIA . . . . .	por J. Borrell

A NUESTROS LECTORES

Á contar desde este número, HISPANIA saldrá á luz quincenalmente en vez de mensualmente, como hasta hoy. Nos ha movido á adoptar esta modificación el deseo manifestado en este sentido por muchos de nuestros favorecedores y de nuestros corresponsales, asi como la convicción en que estamos de que haciéndolo de esta manera podremos dar mayor interés á nuestra publicación, abreviando el espacio de número á número. Para facilitar el éxito de esta combinación hemos resuelto también reducir á 16 páginas las 20 que hasta ahora formaban la revista, reduciendo el precio del número á 2 REALES. Por lo demás las condiciones materiales, artísticas y literarias de HISPANIA seguirán siendo las mismas, esforzándonos conforme ofrecimos ya á nuestros lectores la mayor bondad y variedad en nuestros trabajos.





BOSQUEJOS BARCELONESES. A EXTRAMUROS  
COMPOSICION DE J. MIR



# MIGUEL M.<sup>A</sup> MEDALLA

PINTOR ESPECIALISTA

Su verdadero apellido no era Medalla sino Medrana, según podía hacerse constar con documentos fehacientes, sacados del Registro Civil y de libros parroquiales.

El mote se lo habían puesto los cofrades envidiosos, los rivales maldicientes y, sobre todo, los amigos del gremio, si es que pueden darse amigos entre gentes del mismo oficio. Claro que no se lo decían en sus barbas ó mejor dicho en su perilla — porque perilla á la española era el adorno capilar con que el pintor decoraba su rostro, gallardamente sombreado por las anchas alas de un chambergo... Pero se lo decían sin perder ripio en la peña, en el Círculo, en la tertulia, cuando no podía oírlo el interesado. El voquible había caído en gracia, y por Medrana que fuese nuestro hombre, Medalla y nada más que Medalla le llamaban todos en caso de ausencia y... enfermedad.

Cierto que el alias le venía al pintor que ni pintado, porque artista que pudiese lucir más quincalla de honor, de todas clases y tamaños, no se había visto en parte alguna desde San Lucas acá. Bastaba hojear cualquier Catálogo de Exposición para dar al punto con un largo inventario de méritos y servicios, que á la letra decía así: — MIGUEL MARÍA MEDRANA; *discípulo de la Escuela de Bellas Artes, de Barcelona y de M. Vollon, de París; condecorado con las cruces de Carlos III y de María Luisa; premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de Filadelfia, con primera medalla en la Nacional de Madrid; con medallas de plata en Munich, en Bruselas y en Burdeos; con medallas de tercera en París, en Lyon, &c., &c.*

Y no se piense que fuesen inmerecidos tales honores. Medrana había llegado al más legítimo de los renombres cultivando una especialidad, una bienhechora especialidad, que es la manera más socorrida para salir triunfante en la lucha por el arte y en la lucha por la vida. ¡Han sido tantos los pintores que ganaron honra y provecho recopiando eternamente la misma calle á mediodía ó el mismo paisaje á buenas noches!

Pues bien, nuestro hombre, que quería á toda costa abrirse paso, se dedicó á la pintura que llaman de bodegón ó de *naturaleza muerta*, por extensión abusiva.

Su vocación de bodegonero, como acontece con todas las grandes vocaciones, ya la sintió Medrana desde el primer instante, apenas salido de la Academia. Más de dos veces creyó el adolescente oír una voz que le decía al oído: — «Miguel, tu serás rey, el rey de la pintura en el ramo de bodegones.» Pero el chico divagó algún tiempo, turbado acaso por hondas agitaciones de la pubertad artística, y en vez de seguir el camino pictórico que le aconsejaba la voz interior, no se decidió por de pronto, dudando entre abrazar la «historia» ó la «marina.»

Su destino no quedó fijado hasta que hizo su anhelado viaje á París y tuvo ocasión de concurrir durante algunas semanas al taller famoso de M. Vollon.

Una vez allí, dentro de aquel Santuario del arte que, por las cacerolas, los pollos y tasajos que albergaba, mas bien parecía cocina de convento que estudio de pintor, Miguelín hizo voto de consagrar por siempre más sus facultades á género tan sustancioso. Puso sus cinco sentidos en apropiarse la manera del maestro, estudiando la pasta abundante, los tonos profundos y el vigor de ejecución que estilaba el gran bodegonero francés en sus cuadros pantegruélicos. Y se descrismó imitando los maravillosos toques de luz que veía poner en el fondo de los calderos de cobre recién fregados que, relucientes como un ascua, formaban parte de la composición al lado de legumbres, volatería y pescados.

Cuando volvió á la ciudad natal, no pensó el chico en otra cosa que en aplicar los conocimientos adquiridos, inventando un asunto que, dentro siempre del género culinario, llegase á adquirir una significación bien castiza, bien genuina y nacional.

—Si, para la próxima Exposición pudiese yo encontrar un tema que, desposeído de todo sabor francés, sugiriese al instante la idea del bodegón clásico, del bodegón español!...

Y puesto á discurrir, no tardó en ocurrírsele una composición en que, junto á un puñado de garbanzos, un manojo de acelgas y otras hortalizas no menos indígenas, figurasen como principales motivos una chocolatera de cobre y un besugo de Laredo. La idea, además de patriótica, era hermosa, casi genial... porque, en clase de pescado, ¿qué podía pintarse más clásico que un besugo? ¿Y los garbanzos...? ¿Y la chocolatera...? ¿Habría nada más nacional?

Instalado mañana y tarde frente á los artefactos y comestibles que le servían de modelo, hizo Medrana tales habilidades de claró-obscuro, tales prodigios de «calidad» que, cuando el *Bodegón Clásico* fué presentado en la Exposición de Bellas Artes, todo el mundo se quedó turulado, bizco de admiración. Legos y entendidos ponderaban la exactitud pasmosa de la chocolatera, en cuya bruñida superficie parecía resbalar la luz ó detenerse, como cuajada, en alguno de los puntos más salientes. Todos se hacían lenguas de la humedad viscosa que rezumaba el besugo, vivo y coleando como al salir del agua, tan azul por el lomo, tan blanco por el vientre y con aquella pinta negra en cada aleta, que parecía decir: comedme.

Los padres graves de la crítica no se mostraron menos entusiasmados que el común de los mortales.

—¿Puede darse nada más intencionado y expresivo que aquel besugo? — escribía un crítico de los más eximios y autorizados, puesto en el colmo de la fruición estética.— Pues, y la chocolatera...? ¿No parece propiamente que esté hablando?

La verdad es que el cuadro tenía pelendengues, y si bien la chocolatera no hablaba ni decía siquiera esta boca es mía, como pretendía el crítico en un momento de

lirismo, estaba la cosa tan bien sacada, se salían del marco con tal fuerza los objetos, producía el conjunto tal ilusión, que la ficción del arte se confundía, ó poco menos, con la misma realidad

Justo es consignar que el público, de acuerdo por esta vez con el dictado de la crítica, respondió en un todo á los esfuerzos del pintor, encargándole un sin fin de reproducciones del cuadro tan celebrado. Como la cosa les cojiese con algún dinero, todas las personas de gusto querían un ejemplar y se disputaban su adquisición con un fervor, bien comprensible si bien se mira. Tener en casa alguno de aquellos bodegones, era como proveer la despensa de pescado, era como enriquecer el ajuar con nuevos utensilios de cocina. Al que compraba un lienzo con comestibles tan reales y cachivaches tan auténticos, le parecía que, además de una obra de arte, adquiría una chocolatera de recambio y un besugo de repuesto. Así fué como en todo comedor que se preciase de decente apareció desde luego el consabido cuadro del besugo como un artículo de primera necesidad, tan indispensable por lo menos al juego del mueblaje como el trincherero y el aparador, la mesa de roble y la sillería de baqueta.

Manos le faltaron desde aquel punto á Medrana para dar abasto á los pedidos de bodegones, pues le caían los encargos como llovidos del cielo. Por dulces vientos de popa se sentía mecido el gran pintor de naturaleza muerta, y á sus solas se decía:

—¡Tate, Miguel! Ya diste con tu estilo, con tu manera, con tu nota personal. Para nada necesitas devanarte los sesos andando en busca de novedades, como estos que beben los vientos, para vestir su arte á la moda del último figurín. Tu ya tienes cosecha asegurada para todos los días de tu vida, como trabajas con ahinco el coto de tu especialidad...

Y lo que es trabajar, hay que decirlo, ni el propio Rubens cubrió más tela que Miguel. Por docenas, por



gruesas, por millares, salieron los bodegones fabricados por sus manos. Los chismosos é impotentes, los roedores y envidiosos murmuraban que del taller del maestro salían más peces que del Cantábrico y más enseres de cobre que de una calderería. Mas él volaba con desdén olímpico por sobre las cuchufletas, atareado siempre en la creación de aquellas obras que extendían su fama por los mundos.

El nombre de Medrana andaba á todas horas por la prensa, y las publicaciones ilustradas estampaban sin cesar la interesante efigie del maestro, tocada con sombrero á la chamberga, decorada con la elegante perilla y circuida con una orla simbólica, compuesta de besugos y chocolateras. En cuantas Exposiciones se dignaba figurar, sus pinturas eran acogidas con delirante aplauso, y de todas partes empezaron á llover aquellos chaparrones de diplomas, recompensas, cruces y condecoraciones que habían de valerle el significativo apodo de *Medalla*.

¿Pero qué podían importarles los dicharrachos al grande hombre, cuando veía sancionado su arte por la admiración universal; cuando veía á sus bodegones invadir la ciudad y las afueras, y de la ciudad pasar á la provincia y de la provincia esparcirse por la región y de la región propagarse por todo el reino? Años de gloria, de triunfo, de apoteosis, fueron aquellas para el pintor...

Mas, como no hay bienandanza que no tenga término en este bajo mundo, vino un día en que Miguel notó con desagrado que escaseaban los pedidos y que sus obras maravillosas se cotizaban á la baja, como obligaciones de ferrocarril en suspensión de pagos.

— ¡Hola! ¡Hola! ¿Qué será esto? — se preguntaba el hombre con extrañeza.—Yo pinto las mismas chocolateras y los mismísimos besugos de siempre... ¿He desmerecido acaso en la factura? No. ¿No son tan vivos y frescos mis pescados de ahora como los de un tiempo? Sí. Pues, entonces...

El artista no acertaba á comprender que, gracias á la propia fecundidad y á la repetición del asunto, el consumo quedaba ya, más que satisfecho, ahito. Todo el mundo estaba de chocolateras hasta el copete, pues los que no la tenían en casa se la sabían de memoria por haberla visto mil veces en el comedor del vecino, del amigo ó del pariente. Así es que, cuando se ponía á la venta un bodegón de Medrana, las gentes pasaban sin detenerse y apartaban la vista del pescado, como diciendo: «¡Te veo, besugo!»

¡Qué horas más tristes fueron aquellas para Miguel! En una hora veía ocultarse para siempre aquel sol que no se había puesto en sus dominios culinarios...

— ¿Con qué... ni encargos, ni ventas, ni medallas...? ¡bien, bien! — se dijo un día el pintor, dispuesto á sacar fuerzas de su misma desesperación.— ¿Con qué no queréis besugo...? Pues bien, os daré otro plato. Romperé los antiguos moldes, renovaré mi arte, haré lo que llaman una evolución.

Y como lo dijo, lo hizo. En lugar de la chocolatera de cobre, tomó una cafetera de níquel; en vez del besugo, puso un salmón, y reemplazó las acelgas por un manojo de espárragos. Y lo que sucede siempre... colocado ya en la pendiente harto peligrosa de las innovaciones, no se contentó con cambiar el motivo, sino que quiso además mo-

dernizar el procedimiento. Iluminó, al efecto, á plena luz los utensilios de cocina y las provisiones de boca, y ensayó luego una factura más simple, más ligera, más en consonancia con lo que los antiguos llamaban pintar *abreviado* y los modernos llaman  *sintético*, entendiendo muchos que quiere decir, salir del paso de cualquier modo.

Pero... ¡oh rigor de los hados! Lo mismo fué presentar al público el modernísimo bodegón que estallar entre los espectadores una rechifla general.

— Este señor nos toma el pelo...

— ¿Nos cree tontos don Miguel?

— ¡Un bodegón impresionista!

— ¡Qué guasa!

— ¡Qué atrocidad!

¿Y la crítica? ¡Oh! La crítica, que tantos arrumacos había tenido en otros tiempos para el pintor, vino severa y justamente indignada:

— ¿Cree el maestro Medrana que puede impunemente un artista cambiar de rumbo, así como quiera? ¿Por qué ha desentado el maestro sus antiguos ideales? ¿Por qué ha abandonado sus clásicas chocolateras? ¿Como ha consentido, tras una carrera gloriosa consagrada al Arte en lo que éste tiene de más serio y más patriótico... como ha consentido en rendir tributo á perniciosas tendencias impuestas por la moda y el extranjerismo?

Desde aquel nefasto día, Medrana ya no supo nunca más ni á que carta quedarse ni á que ideal acogerse. Alicaido y desorientado, abandonó los pinceles, guardó bajo llave los chismes de cocina y, empezando por afeitarse la perilla, que era como cortarse la coleta del arte, acabó ¡oh trágicos destinos! por establecer una Academia de pintura para señoritas. Y las medallas famosas, aquellas medallas que constituyeron un día el más alto timbre de gloria universal, colocadas desde entonces en el fondo de una vitrina, sirven como espejuelos de reclamo para atraer á incautas niñas cloróticas que quieran dedicar sus ocios al noble arte de la pintura.

¡Cuánta desolación!

Pero, cuando el azar reúne á algunos de los antiguos *amateurs*, de los entusiastas aficionados que alcanzaron los buenos tiempos del gran pintor, muchos de ellos recuerdan todavía con emoción aquella pasta, aquellos tonos, aquel claro-oscuro, aquella calidad...

— Quien no ha conocido la «primera manera» de Medrana, no sabe lo que es pintura ni Cristo que lo fundó.

— ¿Se acuerda V. de los besugos?

— ¡Oh! sí... ¿Y aquellas chocolateras?

R. CASELLAS



Ilustraciones de Mas y Fondevila

## LA SANTÍSIMA VIRGEN LEYENDO

BUSTO DE AMADEU

Poquísimos se sabe del escultor catalán Amadeu. En general se le cree hijo de Vich ú oriundo de aquella comarca pero no falta quien le supone nacido en Mataró. De lo que parece no haber duda es de que fué catalán y de que vivió en los últimos años del siglo XVIII y en los primeros del actual. Amadeu no estudió en ninguna escuela ni á ninguna estuvo afiliado. Fué un artista del todo independiente, algo á la manera del pintor Viladomat, quien en medio de las pompas que el arte barroco iba desplegando así en la arquitectura como en la escultura y pintura se mantuvo fiel á la naturaleza y guardó una sencillez y hasta simplicidad que han admirado todos los inteligentes. Amadeu se presenta con carácter semejante. Ni la riqueza y exhuberancia del Bernini y de sus secuaces, ni la reacción neoclásica que ya se dejaba sentir en sus días influyeron para nada en su talento. Fué un imaginero chapado á la antigua. Encerrado en su estudio, que hubo de ser modestísimo, su norma en todas las esculturas que ejecutó, su guía en ellas se redujeron á los sentimientos religiosos que dominaban por completo en su corazón y al estudio de la verdad real, que imitó de la misma manera que lo hicieron los viejos escultores en todos los Reinos de España. No de otro modo trabajó el murciano Salcillo al tallar los famosos pasos de Murcia.

Muchas debieron ser las esculturas que talló Amadeu para distintas iglesias de Cataluña y para oratorios de particulares, pero como es de suponer no en todas brillaría por modo idéntico su natural ingenio ya que muchas las trabajaría cobrando poquísimas remuneraciones y por lo tanto empleando en ellas escasos esfuerzos y escaso tiempo. Apesar de esto raras serán las que debidas en realidad de verdad á su mano no contengan algunas marcadas bellezas. La Virgen, Santa Ana, San José, San Mariano fueron los temas sacros en que principalmente reveló su mérito como artista escultor. En estas imágenes resplandecen en primera línea la sencillez á que hemos aludido antes, mejor diríamos la ingenuidad, junto con el profundo sentir del fiel creyente católico. Aquellos rostros, en los cuales se descubren las líneas del natural, trasladadas con exactitud á la madera, aparecen sin embargo, transfigurados sobre lo terreno merced á los sentimientos que vivificaban la inteligencia y el corazón del modesto maestro imaginero. El misticismo más acendrado se advierte en el penitente San Mariano, obra suya; la Fé resplandece en las hermosas testas de Santa Ana y San José que inspiran vivo respeto y mueven á devoción á quienes las contemplan; en los rostros de sus Vírgenes puso todavía mayores excelencias y acrecentó las delicadezas de concepto y de modelado.

Una de ellas es la que reproducimos en este número y que figura en la colección del Sr. D. José Antonio Brusi, de esta ciudad. Representa *La Virgen leyendo*. Es de madera tallada, encarnada y pintada, como encarnaron, pintaron y estofaron sus imágenes los antiguos escultores de nuestra España. La pintura recuerda la realidad pero



no la sigue escrupulosamente, con lo cual se aumenta la idealidad que se descubre en la media figura de que hablamos. Quien la vea por vez primera reparará enseguida que las facciones traen á la memoria las de una bella campesina catalana, de una jóven de nuestra montaña, de rasgos enérgicos y á la par de expresión suavísima. Lee atentamente la Virgen, sigue las líneas del libro que tiene abierto: todo esto reúne los pormenores de la verdad, tal como podemos descubrirla en el mundo, pero lo que no encontraríamos en este es el candor que baña el rostro y que difunde por él y por todo el busto un aroma de inmaculada pureza. Es la Virgen que lee la imagen tallada por Amadeu; no el retrato suplemente de una hermosa campesina. Hay verdad é idealidad en toda la escultura; un modelado valiente que acusa una mano peritísima sirviendo á un corazón sinceramente católico, fervorosamente creyente, cual debió serlo el de nuestro Amadeu, entre cuyas obras, más sentidas y más redondeadas ha de ponerse sin duda alguna el busto de *La Virgen leyendo*.

F. MIQUEL y BADÍA



COTILLON  
COMPOSICION DE D. U. VIERGE



Ilustraciones de  
J. Morera Gallardo

## EL GUADARRAMA

### II

(DIARIO DE UN PINTOR)

Conforme la soledad se hacía mayor y más profunda, nos sentíamos más contentos de hallarnos lejos del mundo... En esto, ¡oh! en esto, mi caballo relinchó alegremente... Un bulto negro se dibujó en la nieve que alfombraba todo como con espeso tapiz. Y acurrucada en sus andrajos, con un largo palo en la mano, seca y arrugada como las encinas que amueblaban aquellos bosques desiertos, se apareció una horrenda vieja.

Ya estábamos en camino otra vez, cuando en lo más alto de la *Morcuera*, saltando y derrumbándose por los bloques de nieve, vino hasta nosotros otro personaje que dijo airadamente:—*¡Buenas tardes!*—y siguió su camino. ¿Era el marido, el ogro, el trasgo que acompañaba á la vieja? No: era ser real, y de los más temibles de la sierra...

—¡Ese — dijo el gufa, — es mi suegro! Caza lobicos y zorricas.

Era con efecto un cazador famosísimo. Allá en las noches de temporal espantoso, cuando los lobeznos llaman á sus madres y éstas buscan anhelosas comida, el bárbaro, se metía en las madrigueras. Cierta noche, al tratar de coger á los hijuelos, se arrojó, hirviendo de furor, la loba,

y mordióle una mano. Ahora se dedica á enseñar por los pueblos del Guadarrama famélicos lobos.

Muy poco nos faltaba de ascensión después de haber atravesado rápidamente por unas *Carboneras* ó *Chozas*, especie de vivienda polar ó lapona, defendida del viento por barbudos y selváticos matorrales y en la cual se calentaban, á los resplandores de pobre hoguera, unos carboneros negros, negros, sí. Vímonos ya en lo más alto de la *Morcuera*. Es lo más alto del *Puerto*.

¡Estábamos en la cima soñada! Y ¿cómo, cómo describir aquélla magnificencia? Libres de estorbos, el gran panorama abríásenos de par en par. El monte que antes se nos aparecía gigantesco, era menudo y hasta enano ahora... Juzgad lo que vimos... En el fondo del panorama apareciósenos el *Mont Blanc* del Guadarrama, venerable abuelo de todos, el monte *macho*..., *¡Peñalara!*, en fin... Allí saludamos la apoteosis de las montañas, el rey del Guadarrama sentado en el colosal trono de piedra y nieve y dirigiendo como cariñosas miradas de luz, desde su cima, á los príncipes y principillos de la sierra acurrucados en su rededor con adoración fervorosa, *Cabeza de Hierro*, *Cancho*, la *Najarra*.

Pero así como éstos nos ofrecían en sus cimas murallas blancas ó negras de duro mármol ó de indomable hierro, dientes y torreones, accidentadas y torcidas líneas de un edificio ruinoso, *Peñalara*, gigantón impasible, lucía á los vientos su lomo y sus encrespadas cimas, sus calvas cargadas de niveos pelucos á modo de venerable abuelo. Su vestido caía en anchísima clámide de blancura jamás hollada; su base y cintura sentíanse oprimidas y abrigadas por el espeso vello de seculares bosques que desordenadamente trepaban y parecían volver á retroceder como

ejército asustado de subir hasta allí... Allí en el fondo, la *Cartuja del Paular* apenas brillaba en el confuso crepúsculo ahogado en un seco mar de negruscas selvas... Los campos exhalaban un vaho gris transparente y fumoso de frío, de respiración fatigosa; alfombras de virgen nieve se azulaban como oleada finísima y acariciadora; la nevizca mate enmascaraba las alturas con su antipático brillo de almidón, compensado por transparencias de otra nieve exquisita y afelpada que modelaba voluptuosamente el seno de las rocas...

Las últimas luces se llevaron el mundo soñado. No vimos más.

Todos los furores é inclemencias de la sierra se habían desatado contra nosotros. Remolinos de nieve nos envolvían, y como heladas flechas clavábanse finas estalacticas de nieve en nuestros rostros. Los caballejos, con ser muy prácticos en tales danzas, helados de terror se agitaban lanzando á los vientos espantosos relinchos de agonía. El lúgubre anochecer en aquel mil y mil tinieblas se agolpaban para hacerlo más trágico y medroso; los mugidos de la cellisca; el hielo, la nieve... el horror de lo desconocido, hubieran quizás espantado á otros que no á nosotros. Por el contrario, cuando descansamos en el casucho que nos servía de hotel, estábamos tan alegres que apenas si nos distrajo un momento el angustioso gemir del ventarrón que apagó el candil y los bufidos de la tempestad aulladora como manada de lobos.

Y era porque de la nieve, de la soledad, del desamparo, nacía para nosotros como nueva y robusta vida, perfumes de penetrante aroma, visiones artísticas, fecundas en salvaje é ilimitada inspiración... Á la misma hora en que nos helábamos en el desierto del Guadarrama, los madrileños se dispondrían á ir al teatro, el crítico á escribir vulgares y fríos renglones, el artista á marchitar su inspiración en la vida bohemia y trasnochadora de Madrid.

¡Y nosotros dormiríamos entre ásperas sábanas de cartujo y comeríamos carne de cabra!

Pero ¡qué bríos para el siguiente día! Emprenderíamos la batalla con la naturaleza bravía. ¡Qué tesoros descubriríamos en aquellas solitarias cimas á que no llegaron nunca los holgazanes, flores de la estufa cortesana, hartos de pintar con receta naturalezas de pacotilla inspiradas en tísicas plantas y amparadas por la esta-



tuilla de algún afeminado paje de Venecia!... Esa pintura de paisaje, considerada por cierto crítico como *arte de tocar la guitarra con cifra*, es la más sublime de todas cuando fija las grandezas del tornadizo natural tan vario, tan rico.

Los Corot, los Daubigny, los Toppffer, los Turner, fueron como nuevos Hacedores de mundos y por crearlos sufrieron el martirio de los exploradores, sufrieron muchas lluvias y nieves, tremendas batallas con su conciencia, con el aprendizaje rutinario y las creencias tradicionales de su época; fueron esclavos de esa jornalera implacable llamada la Inspiración, tan caprichosa, tan casquivana, que huye de los abrigados estudios del pintor y se pasa entre la nieve y la lluvia la mitad del año...

*Diciembre...* — Trotábamos en dirección del puerto de *Canencia*, en donde debíamos pintar de firme, para lo cual iban empacuetadas cajas, caballetes y otros artefactos... Rota la niebla, nos vimos en un terreno para nosotros nuevo, porque á la estepa nevada había sucedido un bosque de esbeltos troncos en que el invierno hizo de las suyas. Y estos árboles, cara á cara con la naturaleza, lograban, á costa de rechupada sangre, lindos brotes y aun frondosos trofeos de verdura en la primavera. Por lo menos en aquella soledad hallábamos árboles á falta de hombres... ¡Los hombres! ¡Los árboles! Y también, asombros, ¡las perdices! Las oíamos cantar libremente con cierta no recatada desvergüenza que significaba:

— ¡Cazadores frioleros! ¡Temerosas escopetas! ¡Venid si os atrevéis!

Las oímos, sí, y confiadas nos dejaron paso, porque sin duda en el reino de la pluma ocupaban parecido lugar al que nos distinguía á nosotros en el imperio del pincel, es decir que eran perdices *bohémias*, las cuales, libres de trabas, se habían venido á pasar el invierno en amor y compañía, riéndose de aquellas sus compañeras las perdices cortesanas, que lo pasan en jaulones cubiertos de paño verde ó tras del empañado escaparate de Llardy... amortajadas en gelatina. Y esto sirvió de discusión mientras atravesábamos el bosque sombrío.

— ¡Parece mentira que á las puertas de Madrid se vea esto!

— Que hablen de Suiza y de Mont Blanc y de... ¡Cuidado, penco!

— Yo quisiera ver aquí á esos señoritos de calzón corto, á



esos turistas... ¡Arre! ¡Arre!

—Y á las Mises inglesas y á todos los cursis que beben champagne en la cima del Yungfrau.

—Y ayer comimos cabra... Y hoy carne de guadrarmeño... Señores, esto es un caso de antropofagia... ¡Eh, ojo con ese caballo!

—Pero ¡y el arte! ¡E viva el arte! gritó con estentórea voz un expansionado en Roma.

—*¡Per troppo variar natura e bella!* ¡Cuándo te pararás, penco condenado!

—¡Señores, da vergüenza pensar á qué estado de rutina y de... tontería hemos llegado en cuanto al paisaje! ¡Anda, mi Walkyria! gritó un pintor que había vuelto entusiasmado de Bayreuth el año anterior.

—Hay paisajistas verdes, azules, amarillos, rojos, blancos, azul cobalto.

—¡Por todo lo alto! como nos decían en la Academia. La verdad es que hace fresquito.

—¿Y las medallas? ¿Y las Exposiciones? Los pintores son empleados... y las escuelas centros de corrupción.

Una sacudida de risa invadió á todos. Y otra de nieve nos hizo callar. Porque aquella ligera lluvia de papelitos ó mariposas blancas que llovizó el amanecer, ya por entero abierto el día se convirtió en nieve de verdad, que á veces parecía aleteo de pájaros blancos que se acometían confusamente.

Había comenzado la penosa ascensión del *Puerto de Canencia*, otro de los *huesos* de la jornada... ¡Vosotros, madrileños, gente egoísta y regalona, no tenéis perdón de Dios, ni del arte, ni de la medicina, ni de la higiene, al gastar toda vuestra existencia pudriéndoos, helándoos ó retostándoos en cuchitriles más ó menos aparatosos y más ó menos pobres, en donde el aire llama á la puerta y no entra y la muerte se cuele de rondón! ¡Vosotros, cursis veraniegos que gastáis vuestro dinero y tiempo en ascender á montañas extranjeras de empingorotados nombres! ¡Vosotras, jóvenes de color amarillo limón, lectoras de noveluchas y eterna molestia de los vecinos que no se deleitan con vuestros insípidos vales y polkas! ¡Vosotros, burócratas enterrados en los nichos del vasto cementerio ministerial! ¡Vosotros jóvenes y viejos, niñas y madres, cursis y elegantes! ¡No, no tenéis perdón de Dios al sentir la vida tan cerca y despreciarla, al huir del aire puro y gastarlo maloliente como el petróleo ó el sahumero! ¡Venid á estas montañas, subid y trepad por estas eminencias en donde la salud moral y la corporal tienen su asiento! ¡Vosotros, elegantes que sabéis hacer estas cosas: bautizad el Guadarrama con los nombres que más estrafalariamente os choquen, y añadidles cuantas *erres*, *effes* y *kkas* os vengan en gana... pero venid!

Venid, sí, y subid con nosotros como ahora vamos á hacerlo. Porque, tras un breve descanso debido á las im-



paciencias artísticas de Dario, hénos otra vez á caballo.

Dario ha hecho rápidamente su croquis. Figuraos uno de nuestros caballos, espantado por la nieve, con su crin como despeinado abanico al aire, relinchando de terror, en la llanura de un tono cárdeno azulado.

Lo primero que se ve al subir el *Puerto de Canencia* es una serie de frescas extensiones de nieves, tan puras, tan suaves, tan fragantes, que parecen una eflorescencia de la verdura

misma. Á poco de subir, aquellos blandos aposentos se inundan de lentiscos y menudos *piornos*, matajos verduzcos y afilados como espadas ó arrugados y contrahechos cual extraños pulpos, ó ya plantas acuáticas que surgieran en el mar de la nieve. De los matajos en que se cuelgan como diademas ó broches agujas y joyas de hielo y nieve, se pasa á las rocas, y son éstas chatas ó monstruosas, ó deformes, si bien muestran en sus esquinas y chaflanes preciosos copetes de blancura... Cuando nuestros caballos se adelantan escurriéndose por el borde de barrancos á veces como en el filo de un sable, novísimos é inexperados espectáculos se nos ofrecen. ¡Mirad que horrenda es aquella cueva de osos, de salvajes primitivos que se advierte en un repliegue del monte! La luz no ha penetrado jamás allí, porque los enanos misteriosos de la leyenda forman quizás en el fondo de la caverna á cachiporrazos el «oro maldito.» Contemplad luego como una caricia de luz aquel barranco y vedlo festoneado de verdura de la que cuelga, como tisús ó encaje, la nieve. Observad esta tremebunda revuelta del camino en que el almohadillo de las rocas no evita que parezcan éstas dos tremendas dentaduras dispuestas á tragarse al osado que intente penetrar por allí. En cambio ¡qué puras, qué plácidas esas dormidas cimas blanquísimas de la derecha! ¡Qué ceñuda esa frente de rocas negruzcas de la izquierda, frente preñada de pensamientos feroces en que las hendiduras parecen terribles y fruncidos pliegues!

RODRIGO SORIANO

(Continuará)





## PAGANDO UNOS PENSAMIENTOS

Pensando al ausentarme  
en ese dueño hermoso  
de quien son, flor ó idea,  
mis pensamientos todos,

la frase recordaba  
con que, turbado el rostro,  
cuando en mí ojal los prendes  
prendíste me los otros :

« Es el camino largo  
y marchitarse han todos ;  
de cuantos van contigo  
llegará el mío solo... »

Era el camino largo  
aunque le anduve pronto :  
¿ cuál, volviendo de verte,  
parecería corto ?

A par de mí corrian,  
sumiendo el blanco polvo,  
las aguas de aquel río  
que ven nacer tus ojos,

y en blando movimiento  
los árboles del soto,

cual si también corrieran,  
sucédense en cien troncos...

Mi pensamiento triste,  
del tuyo codicioso,  
así por el camino  
les preguntaba á todos :

« Decídme, árboles y aguas,  
si viene con nosotros. »

Marchitos, cual temías,  
acá llegaron todos :  
¡ quién me dirá si, vivo,  
con ellos llegó el otro !

Marchitos, aún los guardo,  
que sus misterios hondos  
no celan flores muertas  
á quien los busca ansioso.

Así mi pensamiento,  
con tu promesa loco,  
á los que guardo mustios  
pregunta un día y otro :

« Decídme, pensamientos,  
si se quedó en vosotros... »

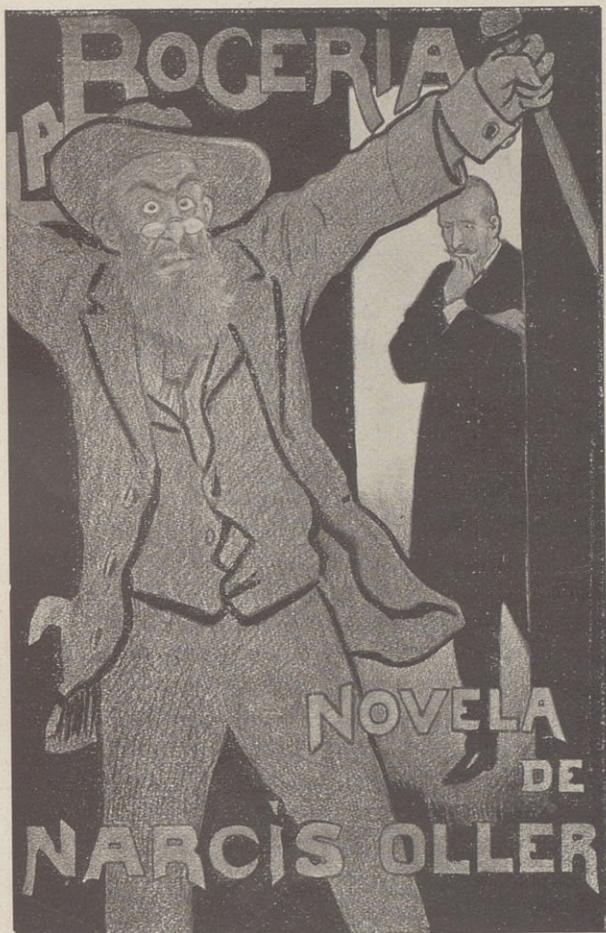
E. Menéndez Pelayo



—¿Por qué me río?... pues, me río, porque estoy loco de alegría, porque eres ya mi mujercita y yo soy tu maridito, y... porque pienso en la cara que pondría tu difunto si pudiera ver que me quedo con su viuda, su droguería, su reloj de oro y su sombrero de copa. ¡El que no podía verme ni en pintura!...

COMPOSICION DE J. BORRELL

## OBRA DE SENSACIÓ



Un hermós tomo d'unas 200 páginas **3 PESSETAS** De venda en las principals llibrerías



## OBRAS COMPLETAS

DE

## PEREDA, D. José María

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

- |  |  |
|--|--|
| 1. Los hombres de pro,<br><i>con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO.</i> | 8. Bocetos al temple.<br>Tipos trashumantes. |
| 2. El buey suelto...   | 9. Sotileza.                                 |
| 3. Don Gonzalo González de la Gonzalera.   | 10. El sabor de la tierra.                   |
| 4. De tal palo, tal astilla.   | 11. La puchera.                              |
| 5. Escenas montañosas.   | 12. La Montálvez.                            |
| 6. Tipos y paisajes.   | 13. Pedro Sánchez.                           |
| 7. Esbozos y rasguños.   | 14. Nubes de estío.                          |
|  | 15. Peñas arriba.                            |
|  | 16. Al primer vuelo.                         |

— FUERA DE LA COLECCIÓN —

PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º, 3 pesetas*

TIPOS TRASHUMANTES, *edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º, 5 pesetas*

DISCURSOS

*leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897. Un tomo en 8.º, 2 pesetas*

# JIMENEZ & LAMOTHE

OLD BRANDY  
COGNAC  
PURO DE VINO



MALAGA  
MANZANARES



DE  
VENTA  
EN  
TODAS  
PARTES

**MONTSERRAT**  
ALBUM al tamaño 28 x 35  
conteniendo  
32 reproducciones  
FOTOGRAFICAS  
INÉDITAS  
Precio 3 pesetas.

**A LOS TOROS**  
ALBUM  
POR  
D. DANIEL PEREA  
conteniendo 28 acuarelas  
al cromo

VÉNDESE en las  
principales  
LIBRERÍAS

**LITOGRAFÍA**  
montada con todos los  
ADELANTOS MODERNOS  
y la mas IMPORTANTE  
DE  
**BARCELONA.**  
**HERMENEGILDO MIRALLES**  
calle Bailén, 59.

Etiquetas  
y  
CAJAS  
DE LUJO  
CON  
RELIEVES.  
PARA LA  
INDUSTRIA.

ENCUADERNOS  
Industriales  
ARTÍSTICAS  
AZULEJOS  
cartón piedra  
PLATOS,  
etc. etc.



¡Mire que tiene bemoles este descubrimiento! ... ¡Poder ver lo que lleva ahí dentro ese granuja sin necesidad de echarle el guante!

